



El siglo que comenta:

un comentario sobre **El Siglo***

Tatiana Staroselsky**

Introducción

En 2005 y a sus 68 años, Alan Badiou publica su comentario sobre el siglo, pero no se refiere allí al siglo que comienza, sino al anterior. Este hecho, que parece anclarlo en el siglo XX y que podríamos intentar explicar como un producto de que, aun habiendo atravesado la frontera del nuevo milenio, es un intelectual del siglo XX, lo posiciona, sin embargo, como un pensador del siglo XXI. Y es que, si el siglo XIX se dedicó a anunciar ideas y prometer derroteros y el siglo XX fue esencialmente el siglo de la acción, el siglo en curso parece tener como rasgo distintivo limitarse a comentar lo ya pensado y lo ya hecho.

El siglo XXI emerge, en **El Siglo**, sólo en tercer lugar. El siglo XX, como protagonista, se piensa fundamentalmente en relación con el XIX, incluso en comparación con él, en tanto se trata de dos siglos completos que pueden analizarse ya con alguna distancia y que presentan rasgos que, al menos desde esa distancia, permiten establecer continuidades y rupturas. El siglo en curso aparece de otra manera en los textos que conforman el libro: en afirmaciones menos sistematizadas, en preguntas, en párrafos no tan contundentes y en hipótesis que se esbozan pero no se profundizan. Así, nuestro siglo es la contracara, no tanto del siglo XX, y menos aún del siglo XIX, sino más bien de la forma en que el par se alza, a su manera, decidido. Dos señores siglos se enfrentan entre sí, cada cual con sus luces y sus sombras y, a su lado, un siglo indeciso, sin terminar, borroso y confuso, los mira como si fueran de otra especie, como si el tiempo que los llena fuera más denso que el que crece en su propio interior.

En este marco, nuestra tarea en estas páginas no será otra que la de comentar el comentario de Badiou, haciendo hincapié en las pistas que ofrece para comenzar a pensar, no aquel siglo protagonista, que fue a la vez el siglo soviético, el siglo totalitario y el siglo liberal y es, así, pasible de ser definido de múltiples maneras, sino el nuestro, el que todavía no estamos siendo capaces de definir siquiera de una.

Para ello recogeremos, en primer lugar, algunos de los modos en que Badiou caracteriza al siglo XXI como un siglo reactivo tanto a la proyección como a la acción y, en ese sentido, defenderemos la hipótesis de que emerge en **El Siglo** como un siglo que comenta. A partir de allí, y para precisar este rasgo, nos centraremos, en segundo lugar, en el comentario como género literario, atendiendo fundamentalmente a la potencialidad filosófica que encierra.

Un siglo que proyecta, un siglo que hace y un siglo que comenta

Según la metodología que se impone Badiou, **El Siglo** se ocupa, no tanto de los acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo XX, sino más bien de la forma en que esos acontecimientos fueron pensados e inscriptos en el lenguaje. Para la filosofía, dice el autor, "la cuestión no es qué pasó en el siglo, sino qué se pensó".¹ A partir de allí buscará, más cerca del psicoanálisis que de la historiografía, no datos objetivos, testimonios ni documentos, sino "algunas huellas que indiquen cómo se pensó el siglo a sí mismo".² O, como también elige decirlo, "cómo ha sido subjetivado".³

El siglo XIX y el siglo XX se diferencian fundamentalmente — es la tesis del autor — en la relación que trazan con la acción. En sus palabras: "El siglo XIX anunció, soñó, prometió; el

* Este texto tiene su origen en una invitación que me hizo Pedro Diego Karczmarczyk a participar, como comentarista, en una mesa sobre **El Siglo** en las III Jornadas de Filosofía Contemporánea de la FaHCE, en octubre de 2024. Debe, entonces, su existencia a los debates que tuvieron lugar en esa mesa (en la que expusieron el mismo Pedro, Analía Melamed y Adrián Celentano, y que comenté junto con Germán Prósperi).

** CleFi/IdIHCS/ FaHCE/ UNLP- CONICET. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9380-4088> Correo electrónico: staroselskytatiana@gmail.com

1 Alain Badiou, **El Siglo**, Buenos Aires, Manantial, 2011, p. 14.

2 *Ibidem*, p. 15.

3 *Ibidem*, p. 17.

siglo XX, por su parte, declaró que él hacía, aquí y ahora".⁴ El carácter programático del siglo XIX se espeja, entonces, en la compulsión por la acción que el autor propone llamar *pasión por lo real*, por aquello "que es practicable de inmediato, aquí y ahora"⁵ y en la que encuentra una clave para leer el siglo XX, con sus logros y sus catástrofes, con sus avances, sus giros y sus arrepentimientos. El siglo es —por esta pasión— feroz, y sus lemas pueden resumirse como sigue: "¡Basta de soñar y cantar el Ideal! ¡A la acción! ¡Hacia lo real! ¡El fin justifica los medios!"⁶

Esta ferocidad, con la crueldad que la acompaña, tiene detrás una convicción ausente en nuestro presente, a saber, que los problemas nuevos y viejos tienen solución y que resulta imprescindible ponerla en marcha sin perder más tiempo. Así se toman las decisiones, así se emprenden guerras, se organizan matanzas y se gestan revoluciones. Estamos en el siglo en el que en lugar de planear, se hace y, de la misma manera, estamos en el siglo en el que, en lugar de limitarse a criticar, se destruye. Así lo presenta Badiou:

En todos los casos se comprueba que la obsesión por lo definitivo se alcanza como más allá de una destrucción. El hombre nuevo es destrucción del viejo hombre. La paz perpetua se consigue por destrucción, en la guerra total, de las viejas guerras. El monumento de la ciencia consumada destruye, mediante la formalización integral, las viejas intuiciones científicas. El arte moderno dismantela el universo relativo de la representación. En la destrucción y lo definitivo hay un par fundamental.⁷

Ahora bien, estas dos actitudes, la que privilegia la promesa (y por eso planea y proyecta) y la que aspira al cumplimiento (y por eso define y destruye), parecen haber perdido fuerza, como observa Badiou, en el siglo XXI, que se inaugura con algunas carencias llamativas, de las que nos interesa destacar tres, a saber, la falta de un pensamiento del tiempo, el rechazo de la función de vanguardia en el arte y la ausencia del proyecto de un hombre nuevo.

En torno al tiempo, Badiou constata que nuestro siglo es de carácter no progresista. En nuestro días, sostiene,

ya no tenemos prácticamente ningún pensamiento del tiempo. Para casi todo el mundo pasado mañana es abstracto y antes de ayer, incomprensible. Hemos entrado en un período atemporal, instantáneo, lo cual muestra hasta qué punto, lejos de ser una experiencia individual compartida, el tiempo es una construcción e incluso, puede decirse, una construcción política.⁸

Se trata, queda claro, de una construcción política con la que no contamos y, como veremos, no es la única. El carácter abstracto del mañana y la naturaleza incomprensible del ayer a las que Badiou refiere no implican —es importante subrayarlo— que el siglo XXI trace una relación más intensa con el presente, sino que nos arroja a lo que el autor señala como *un período atemporal, instantáneo*. Explícito, Badiou sostiene: "lo que caracteriza nuestra actualidad, que poco merece ser llamada, para retomar una expresión de Mallarmé, un 'bello hoy', es la ausencia de todo presente, en el sentido del presente real".⁹

En efecto, la falta de una estructura temporal sólida no arroja un presente pleno o robusto, que se despegue del curso lineal del tiempo, sino más bien su falta. La intensidad respecto del presente es propia, para el autor, justamente del siglo XX, como una de las caras de la pasión por lo real con las que se aparta del período decimonónico en tanto siglo del anuncio y el porvenir. La dimensión temporal que adquiere prelación en el siglo XIX es, en tanto siglo que proyecta, la del futuro. El XX, por su parte, en tanto siglo que hace, se ancla en un presente denso: "es el siglo del acto, de lo efectivo, del presente absoluto".¹⁰ Nuestro autor lo explica en torno al arte: "La cuestión ontológica del arte en el siglo XX es la del presente. Y creo que este aspecto está ligado a la convicción, atestiguada con frecuencia, de que el siglo es un comienzo".¹¹

En este escenario, ¿qué dimensión temporal signa el siglo XXI? Si la cuestión del XIX es el futuro y la del XX es el presente, podemos arriesgar la hipótesis de que la nuestra es, entonces, el pasado: analizarlo, repetirlo, citarlo, criticarlo; en suma, comentarlo, en tanto "todo está ya iniciado desde siempre y es inútil imaginar que fundamos a partir de la nada".¹² Más allá de su análisis, quienes prestan atención a los derroteros de nuestra industria cultural parecen coincidir: hacemos, fundamentalmente, *remakes*, *reescrituras* y reinterpretaciones de obras e incluso de gestos ya conocidos, y nuestro más reciente invento, la inteligencia artificial, es incapaz de verdadera novedad.

En este contexto, la vanguardia también se constata, en el análisis de Badiou, como una construcción política con la que no contamos, porque el arte dejó de pensarse como vanguardia o, en los términos del autor, de reivindicar la *función* de vanguardia que lo había caracterizado durante el siglo XX. Badiou se refiere explícitamente al carácter de *síntoma* del hecho de que el arte del incipiente siglo haya abandonado la búsqueda de constituirse como una vanguardia, término que —observa— se volvió obsoleto e incluso peyorativo.

4 *Ibidem*, p. 52.

5 *Ibidem*, p. 83.

6 *Ibidem*, p. 193.

7 *Ibidem*, p. 56.

8 *Ibidem*, p. 127.

9 *Ibidem*, p. 177.

10 *Ibidem*, p. 83.

11 *Ibidem*, p. 172.

12 *Ibidem*, p. 177.



Una vanguardia como las que dio el siglo XX no es, para el autor, pensable como una mera escuela estética, sino más bien como una forma de intervención pública, que implica siempre un elemento de agresividad y provocación y que encarna, en este sentido, tanto la determinación como el carácter destructivo propios del *ethos* del siglo. A su vez, para las vanguardias se juega, en el arte, la invención de nuevas formas de vida y de comunidad. Aborreciendo la repetición, la vanguardia propone *romper*, no tanto para apuntar a la construcción de un futuro, sino para enfrentarse con el pasado y combatir, allí, "la esclerosis y la muerte (...) lo establecido e instituido".¹³ Con estas afirmaciones Badiou va en contra de la asociación de las vanguardias con la dimensión del futuro, que se da por la vía del género literario que les sirve muchas veces de carta de presentación, esto es, el manifiesto, en su carácter esencialmente programático. La hipótesis del autor es que el manifiesto no es más que una forma retórica que, en realidad, sirve de refugio a algo distinto de lo que nombra y anuncia y que no es otra cosa que este imperativo del acto. Un grupo de vanguardia no es el que proyecta un futuro diferente para el arte, sino el que decide un presente, que pretende salvar el instante en lugar de heredar un pasado o de imitarlo. Y lo salva porque ese presente "está bajo la amenaza constante del pasado y es frágil".¹⁴

En la misma línea, en su clásico estudio sobre las vanguardias artísticas del siglo XX, Mario de Micheli argumenta que estos movimientos se relacionaron más con un rechazo, incluso con una repulsión respecto del arte establecido y de lo que surgía de las tradiciones académicas —fundamentalmente de la figuración, pero más adelante incluso de los objetos artísticos como tales—, que con la postulación de un programa de acción o una serie de medidas a aplicar. En ese sentido, muchas de las corrientes artísticas del siglo tienen en su germen un simple gesto: "escandalizar al burgués, gustarle bromas pesadas (...) reír en los funerales y llorar en las bodas".¹⁵ Tristán Tzara lo deja claro cuando, en referencia al dadaísmo, recuerda: "Queríamos mirar el mundo con ojos nuevos y (...) queríamos reconsiderar y poner en tela de juicio la base misma de las nociones que nos habían sido impuestas por nuestros padres".¹⁶ Incluso el pasado y su crítica parecen adquirir, en la actitud rebelde, mayor importancia que la dimensión del porvenir.

En un sentido similar, Badiou da cuenta de una ausencia más: entre las construcciones políticas que ya no podemos imaginar, junto a un arte nuevo yace también la figura del hombre nuevo, que define al siglo XX. A partir de determinado momento, observa el autor, "el siglo se obsesiona con la idea de cambiar al hombre, de crear un hombre nuevo".¹⁷ El motivo del hombre

nuevo aparece, además, no solo como proyecto, sino también como constatación. Para Walter Benjamin, por ejemplo, es importante prestar atención a "la cuestión de en qué criaturas completamente nuevas, dignas sin duda alguna de estudio y de amor, han convertido nuestros telescopios, nuestros aviones y nuestros cohetes a los seres humanos anteriores".¹⁸ Como proyecto, y si bien en nuestro imaginario el ideal de un hombre nuevo es propio de la izquierda, no hay que olvidar que "la idea circula entre los fascismos y los comunismos".¹⁹ La gestación del hombre nuevo incluye, como deja claro Badiou y del mismo modo que el proyecto del arte nuevo, la destrucción de las configuraciones conocidas: "si se trata del hombre nuevo, el hombre antiguo bien puede no ser otra cosa que un material".²⁰ Se trata de un *proyecto de ruptura y fundación*, que es también, en definitiva, de lo que se trata el siglo y de lo que no parece tratarse, en absoluto, el nuestro. Nos permitimos citar una vez más a Badiou, para comentarlo:

Lo curioso es que hoy esas categorías están muertas, ya nadie se preocupa por crear políticamente un hombre nuevo y, al contrario, se exige en todas partes la conservación del hombre antiguo, y por añadidura la de todos los animales en peligro, y hasta la del viejo maíz, en el preciso momento en que hoy, gracias a las manipulaciones genéticas, las cosas están listas para cambiar realmente al hombre y modificar la especie (...). Es coherente, por lo tanto, que la condena del proyecto político prometeico (el hombre nuevo de la sociedad emancipada) coincida con la posibilidad técnica —y en última instancia financiera— de cambiar la especificidad del hombre. Pues ese cambio no corresponde a ningún proyecto. Los diarios nos informan que es posible, que podremos tener cinco extremidades o ser inmortales. Y esto sucederá justamente porque no es un proyecto. Sucederá en el automatismo de las cosas.²¹

El carácter conservador que el autor le asigna al presente siglo tiene que ver, en esencia, con ese *dejar ser* aparentemente inocente que se entrega al *automatismo de las cosas* y no se hace cargo de los proyectos que emprende, porque en alguna medida los desconoce. Es como si el siglo que comenta fuera también, dicho en sartreano, el siglo de la mala fe. Badiou entiende este hecho en relación con el reinado de la ciencia y la técnica por sobre la política, y a su vez en relación a ese otro de la discusión propiamente política que es el moralismo. Las tres ausencias a las que nos referimos (del pensamiento del tiempo, de la función de vanguardia y del hombre nuevo) son, por ello, ausencias de construcciones políticas. Otra de estas ausencias es, como resulta esperable, la de la construcción de un "nosotros" —que en el siglo XX es complementaria de la postulación de un hombre nuevo, en tanto éste sólo se realiza en diferentes formas de fraternidad— que ha

¹³ *Ibidem*, p. 171.

¹⁴ *Ibidem*, p. 171.

¹⁵ Mario de Micheli, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 62.

¹⁶ Citado en *Ibidem*, p. 132.

¹⁷ Alain Badiou, *op. cit.*, p. 20.

¹⁸ Walter Benjamin, "Experiencia y pobreza", en *Obras II/1*, Madrid, Abada, 2007, p. 219.

¹⁹ Alain Badiou, *op. cit.*, p. 20.

²⁰ *Ibidem*, p. 53.

²¹ *Ibidem*, p. 21.

dado lugar, en nuestro siglo y por rechazo de los *nosotros* asfixiantes del siglo XX y sus despotismos, a individuos que no logran articular colectivamente, que no hacen sino que dejan hacer y que rechazan los elementos de la valentía y el de la voluntad, claves de la pasión por lo real que signó el siglo XX. "Para el siglo acabado" —señala Badiou— "uno es cobarde cuando se queda donde está".²² mientras que en nuestros días se glorifica la vida pacífica y asentada.

En nuestro siglo, cobarde, pequeño, la política es reemplazada por la técnica y la acción parece dejar lugar a la contemplación pasiva de lo que simplemente sucede, de los derroteros que decide el lucro. El pensamiento, por su parte, se retira y deja lugar, para Badiou, a las opiniones de los periodistas y los comentaristas, que el autor asocia a lógicas restauradoras y conservadoras.

Estamos, entonces, tras la pasión por lo real y en la época de la fascinación por lo virtual, en el siglo que comenta. Sin embargo y como demuestra **El Siglo**, hay en el comentario algunas potencias: pensando el pasado y el presente, el comentarista no necesariamente reproduce sus lógicas y puede, incluso, torcer el discurso del que se ocupa y, en los términos que toma Benjamin de Hofmannsthal, "leer lo que nunca fue escrito".²³ El comentario puede consistir en una repetición obstinada de lo viejo, pero también puede construir una aproximación crítica a algunos archivos olvidados. Puede insertarse en la lógica de la opinión de la que habla Badiou, o puede inscribirse en una tradición rica y antigua que, lejos de serle ajena a la filosofía, se trenza con su historia. Resta comentar, entonces, algo sobre esa tradición.

El comentario como género

Si bien la filosofía, como se ha dicho, nunca se decidió por un género,²⁴ y si bien los cambios y giros que realiza en este sentido resultan tanto o más bruscos que aquellos que enfocan nuevos temas o problemas, la historia de la *forma* de la reflexión filosófica cuenta con bastantes menos investigaciones que la historia de su *contenido* (esto es, la historia de los problemas, de los conceptos o de las ideas). Lo que se suele pensar como *historia de la filosofía* se centra, generalmente, en el derrotero de algunas preguntas, algunas respuestas y algunos hombres. Aun así, una parte sustancial de esa historia puede pensarse, también, como la historia del tránsito desde el poema hacia el diálogo, y de allí al tratado, a la suma, a la epístola, al ensayo, al aforismo y al artículo

científico, pero también a la confesión, al video ensayo o a la novela. Pero, ¿el tránsito de qué? Como recuerda Julián Marías, solemos pensar la relación entre la filosofía y sus géneros como si estos últimos fueran un paso accesorio para la presentación de aquello que ya tiene entidad por sí mismo. En palabras del autor:

Se suele hablar con demasiada precipitación de los géneros literarios en que se "vierte" la filosofía. (...) Esa imagen trivial es peligrosa, porque supone entre la filosofía y su género literario una relación análoga a la que existe entre el líquido y la vasija; es decir, la pre existencia previa de ambos y su independencia. La realidad es bien distinta: la filosofía se expresa —y por tanto se realiza plenamente— en un cierto género literario, y hay que insistir en que antes de esa expresión no existía sino de forma precaria y más bien sólo como intención y conato. La filosofía está, pues, intrínsecamente ligada al género literario, no en que se vierte, sino —diríamos mejor— se encarna.²⁵

El prejuicio que identifica, entonces, a la filosofía con lo que se entiende como su contenido es responsable de la desatención de los géneros de escritura, no solo en la historia de la filosofía, sino también en la actividad misma del filosofar que, usualmente, se pliega a los usos hegemónicos (en el caso de nuestro presente paradigmáticamente al *paper*) de una manera en que rara vez se pliega a las opiniones hegemónicas. Como reflexiona Rafael V. Orden Jiménez, se ha asumido que la filosofía se da en dos pasos: en primer lugar en la reflexión y, en segundo lugar, en su posterior expresión, y se ha entendido que, "de esas dos acciones, la propiamente filosófica es el ejercicio de la razón, mientras que la otra, la de expresar el desarrollo y resultado de ese ejercicio racional mediante la redacción de textos, es secundaria y accesorio".²⁶

El comentario se cuenta entre los géneros de la filosofía de dos maneras. Por un lado, en un sentido más restringido, tuvo su auge como género filosófico alrededor de la obra de Aristóteles y, en menor medida, de la de Platón, desde fines del helenismo y hasta la Antigüedad tardía. Por otro lado, en un sentido más amplio, se trata de un género que atraviesa diversas épocas en tanto abarca toda forma de dar cuenta de la propia lectura de la obra de otros autores.

Como repone Viviana Suñol, este carácter necesariamente remitente del comentario, es decir, el hecho de que verse siempre sobre otro texto que lo precede, hace difícil comprender su importancia histórica para el desarrollo de nuestra disciplina, en tanto "instrumento a través del cual se produjo filosofía"²⁷ fundamentalmente entre los siglos I

22 *Ibidem*, p. 160.

23 Walter Benjamin, "Sobre el concepto de historia", en Manuel Reyes Mate, **Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"**, Madrid, Trotta, 2009, p. 313.

24 Así lo sostiene John Lysaker en "Writing as Praxis", en **The Journal of Speculative Philosophy**, Vol. 28, n° 4, 2014, p. 522.

25 Julián Marías, "Los géneros literarios en filosofía", en **Ensayos de teoría**, Barcelona, Editorial Barna, 1954, p. 9.

26 Rafael V. Orden Jiménez, "Sobre los géneros filosóficos", en Juan José García Norro (coord.), **Convirtiéndose en filósofo. Estudiar filosofía en el siglo XXI**, Madrid, Editorial Síntesis, 2013, p. 68.

27 Viviana Suñol, "Los comentarios como género filosófico. Su génesis y evolución desde el aristotelismo hasta la hermenéutica cristiana", en



a. C. y IV d. C. Los comentarios fueron, en dicho período, no sólo un espacio para que el comentador exponga su propias ideas, sino y fundamentalmente un instrumento de selección: al determinar qué texto debe ser comentado y cuál debe ser dejado de lado se toman decisiones relevantes respecto de qué problemas, enfoques y autores han de ser convocados para pensar en cada presente. En estos comentarios, a su vez, realizados en la antigüedad por alumnos y por maestros, hay una génesis interesante de prácticas que determinan la formación en filosofía hasta nuestros días.

Así lo entiende Mónica Quijano Velasco, quien ve en el comentarista a un lector que deviene escritor y que, al hacerlo, nos permite adentrarnos en su mente y convierte, así, la actividad íntima de la lectura en un diálogo abierto en el que no solo participan el comentador y el comentado, sino también el lector del comentario, a quién está dirigido. El comentario es —sostiene la autora— “una lectura llevada hasta sus últimas consecuencias: al volverse escritura, termina por ser objeto de lectura”.²⁸ Resulta interesante detenerse brevemente en este hecho, que convierte al comentario en un texto parasitario (como lo llama Fabrice Thumerel) o de segundo grado. Podemos ver en este hecho o bien una falta de originalidad o creatividad, que empuja al autor a valerse de lo dicho por otros para insertarse en la conversación, o bien el reconocimiento de una tradición y, con ella, del hecho de que siempre tomamos prestadas las palabras, que nos anteceden, y que la originalidad sólo es posible en grados y nunca absolutamente. Entendido de este modo más amplio, el género del comentario puede incluir formas diversas de exposición, reseña o crítica de ideas ajenas —o, para no caer en el error de obviar la materialidad de la filosofía, de palabras ajenas— a partir de las cuales adquirirá más o menos vuelo —según el caso— el posicionamiento autoral. Es en este sentido que **El Siglo** puede entenderse como un comentario, en tanto procede metodológicamente recuperando la forma en que el siglo se entendió a sí mismo y arribando, desde allí, a una forma original de pensarlo y a intuiciones lúcidas para pensar el siglo actual. Al final, “la relación, el diálogo que un autor establece con otro a través de la escritura, es por lo general un diálogo interminable”,²⁹ y ese diálogo no es otra cosa que una tradición o, al menos en nuestro campo, la conformación de una disciplina.

Este último punto es el que señala Henry Johnstone cuando sostiene que la racionalidad de la empresa filosófica consiste en el uso de una determinada retórica que denomina “autoperpetuante [*self-perpetuating*]”.³⁰ Para el autor, la filosofía es, en última instancia y a diferencia de la sofística,

una forma de comentario, en tanto “los argumentos y las críticas de los filósofos deben establecer siempre las condiciones para su propia continuidad”.³¹ Esa retórica que perpetúa la discusión filosófica, reanimándola, criticando o retomando los argumentos esgrimidos anteriormente, no solo está a la base de la historia de la filosofía sino que es, para el autor, esa misma historia.

Consideraciones finales

Hemos intentado, en este trabajo, atrapar algunas de las imágenes que, como negativos de la caracterización del siglo XX y, en menor medida, del XIX, muestran algunos rasgos de nuestro siglo que, como dice Badiou, *no parece un bello hoy*. Centrándonos en la tesis del autor de que el siglo XIX se dedicó centralmente a pensar alternativas y a planearlas y el siglo XX enfocó sus energías en realizar las transformaciones que creyó necesarias para resolver los problemas que enfrentó, esbozamos la hipótesis de que el siglo XXI puede pensarse como un siglo que, temiendo planear y más aún concretar esos planes, se limita a comentar lo que en el pasado ha sido hecho o pensado. En este contexto, nos centramos en tres de las faltas que Badiou constata y que muestran la ausencia tanto de un proyecto para este siglo como de la pasión por lo real que signó al XX: la falta de un pensamiento sobre el tiempo, la de la función de vanguardia que supo encarnar el arte, y la del hombre nuevo que se suponía viniera a reemplazar lo que siempre fuimos.

En el siglo que comenta, entonces, y como somos parte, con Badiou, de su discurrir, hemos intentado sumar algunos comentarios a su propio trabajo de lectura del siglo XX. A su vez, y con la intención de esclarecer este carácter comentarista del siglo en curso, hemos indagado en el género del comentario y en su rol en la transmisión de las ideas filosóficas e incluso en su producción.

Para terminar, nos interesa pensar qué tipo de comentario hace Badiou en **El Siglo**. ¿Intenta, como hacen los filósofos para Johnstone, y como hacen los críticos para Quijano Velasco, continuar con una conversación en curso? ¿O más bien se quiere apartar de la conversación eterna y recuperar para el presente algo de esa pasión por lo real que encuentra tan fascinante en el siglo XX? Su escrito da pistas de que éste puede ser el caso. Quizá su intención esté más cerca de los comentarios del texto bíblico tal y como los entiende Orígenes, para quien “el exégeta —provisto con la gracia de Cristo— debe traspasar el cuerpo de la letra con vistas a descubrir su sentido espiritual”.³² ¿Aspira acaso Badiou, como comentarista, solamente a dialogar con los escritores

Circe de clásicos y modernos, Vol. 15, n° 2, 2011, p. 186.

28 Mónica Quijano Velasco, “El escritor como crítico: notas para una poética del comentario”, en **Poligrafías. Revista de teoría literaria y literatura comparada**, n° 1, 2012, p. 58.

29 *Ibidem*, p. 76.

30 Henry W. Johnstone, “Rationality and Rhetoric in Philosophy”, en **The Quarterly Journal of Speech**, Vol. 59, n° 4, 1973, p. 388.

31 *Ibidem*, pp. 388-389.

32 Viviana Suñol, *op. cit.*, p. 197.

del siglo, o quiere ir más allá de sus palabras para encontrar detrás de ellas el *sentido espiritual* del siglo XX, y, con él, alguna pista para el siglo XXI?

Su texto termina con un comentario sobre Dios y el hombre como construcciones con las que hoy tampoco contamos, en tanto "el Dios de los monoteísmos ha muerto hace mucho, sin duda al menos doscientos años atrás, y el hombre del humanismo no sobrevivió al siglo XX".³³ En este contexto, sin las grandes ideas del siglo XIX ni las grandes empresas del siglo XX, sin Dios y sin el hombre, el presente se perpetúa mirando hacia atrás y repitiendo mecánicamente las palabras y las formas de actuar que entiende como dadas, bajo el imperativo "Vive sin idea".³⁴ Aun así, la filosofía, que no es propia de este siglo y que es siempre en alguna medida intempestiva, no puede evitar darse a sí misma algunas tareas. Badiou propone lo siguiente: "es preciso estar absoluta y exclusivamente atento a la cuestión de si algo comienza".³⁵

Referencias bibliográficas

- Badiou, Alain, *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2011.
- Benjamin, Walter, "Experiencia y pobreza", en *Obras II/1*, Madrid, Abada, 2007, pp. 216-222.
- , "Sobre el concepto de historia", en Reyes Mate, Manuel (ed.), *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*, Madrid, Trotta, 2009, pp. 49-302.
- Johnstone, Henry W., "Rationality and Rhetoric in Philosophy", en *The Quarterly Journal of Speech*, Vol. 59, n° 4, 1973, pp. 381-388.
- Lysaker, John, "Writing as Praxis", en *The Journal of Speculative Philosophy*, Vol. 28, n° 4, 2014, pp. 521-536.
- Marías, Julián, "Los géneros literarios en filosofía", en *Ensayos de teoría*, Barcelona, Editorial Barna, 1954, pp. 7-42.
- Micheli, Mario de, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Quijano Velasco, Mónica, "El escritor como crítico: notas para una poética del comentario", en *Poligrafías. Revista de teoría literaria y literatura comparada*, n° 1, 2012, pp. 56-76.
- Orden Jiménez, Rafael V., "Sobre los géneros filosóficos", en García Norro, Juan José (coord.), *Convirtiéndose en filósofo. Estudiar filosofía en el siglo XXI*, Madrid, Editorial Síntesis, 2013, pp. 67-88.
- Suñol, Viviana, "Los comentarios como género filosófico. Su génesis y evolución desde el aristotelismo hasta la hermenéutica cristiana", en *Circe de clásicos y modernos*, Vol. 15, n° 2, 2011, pp. 185-201.

Resumen:

En este trabajo nos ocuparemos de rastrear algunos modos en que Alain Badiou caracteriza al siglo XXI como un siglo reacio tanto a la proyección de utopías e ideales (propia del siglo XIX) como a la acción y a la pasión por lo real (propias del siglo XX) y, en ese sentido, defenderemos la hipótesis de el siglo en curso emerge en *Le Siècle* como una época que comenta lo hecho y lo pensado por las épocas precedentes. A partir de allí, y para precisar este rasgo, nos centraremos en el comentario como género literario, atendiendo tanto a su historia y al rol que ocupa en la transmisión de los textos de Aristóteles y Platón, como a la potencialidad filosófica que encierra en tanto género en el que la lectura es transformada en escritura y da lugar a la conformación de una tradición.

Palabras clave: Alain Badiou; *Le Siècle*; comentario; pasión por lo real.

The Century that Comments: A Commentary on The Century

Abstract:

In this paper, we will trace some of the ways in which Badiou characterizes the Twentieth Century as a century reluctant to both projection (characteristic of the 19th century) and action (characteristic of the 20th century) and, in this sense, we will defend the hypothesis that the current century emerges in *Le Siècle* as an era that comments on what has been done and thought by previous eras. From there, and to clarify this feature, we will focus on commentary as a literary genre, paying attention both to its history and the role it plays in the transmission of the texts of Aristotle and Plato, as well as to the philosophical potential it holds as a genre in which reading is transformed into writing and gives rise to the formation of a tradition.

Keywords: Alain Badiou, *Le Siècle*, commentary, passion for the Real.

[Recibido: 30/03/2025.

Aceptado: 25/06/2025].

33 Alain Badiou, *op. cit.*, p. 208.

34 *Ibidem*, p. 221.

35 *Ibidem*, p. 217.